

EN CADA LUNA LLENA de Imanol PS S.

La luz de la luna se proyectaba a través de las densas copas de los árboles del bosque, creando un mosaico de reflejos plateados sobre el suelo cubierto de hojas. Édimo llevaba la delantera, decidido, mientras que Ceón se limitaba a seguirle. Sus pasos resonaban en el silencio de la espesura, cada paso un eco de su angustia compartida. Aquellos troncos parecían envolverles en un frío y protector abrazo, pero ningún abrazo sería capaz de ocultar lo acontecido.

“Tengo miedo”.

Ceón frenó su marcha, obligando a su compañero a detenerse. Sus miradas se encontraron, reflejando la misma mezcla de dolor y miedo que llevaban compartiendo horas atrás.

Un nudo se comenzó a formar en la garganta de Édimo. La mirada de Ceón le reflejaba una tormenta de emociones compartidas que no era capaz de soportar. Quería romper ese silencio que los estaba desgarrando, quería decirle que todo iba a salir bien y que no había razones para tener miedo. Quería que dejar de mirarlo, pero no era capaz de hacerlo. Necesitaba encontrar en él aquella mirada de consuelo que le había arrastrado fuera del pozo en tantas ocasiones, aquella mirada reconfortante que le ofrecía la luz en sus momentos más oscuros, como un faro, su faro. Parecía que hoy la oscuridad los consumiría a ambos.

Cogió aire. Necesitaba cortar ese silencio, aunque de poco podrían servir las palabras, debía intentarlo. Debía encontrar el valor para expresar lo que sentía: “Yo también lo tengo” su voz apenas un débil murmullo intentó atravesar el espeso aire de pesar que los rodeaba. “Tengo miedo a enfrentarme a lo que está por venir, miedo a este adiós al que debemos enfrentarnos... Pero estamos juntos en esto”. Sus miradas por fin se separaron. Ceón no pudo soportar más la situación y cerró los ojos con rabia, como si en aquella

oscuridad inducida pudiese escapar del presente. Cuando los abrió de nuevo, brillaban con lágrimas contenidas.

“No quiero dejar atrás todo aquello que fuimos”. La rabia inundó sus palabras. Necesitaba que alguien tuviese la culpa. Necesitaba poder volcar su ira contra alguien, pero no había nadie, se encontraban allí, solos, y ninguno de los dos merecía cargar con ella. “No quiero tener que echarle de menos”.

El eco de sus palabras resonó en aquel bosque, mezclándose con el susurro del viento entre las ramas. Era como si la naturaleza misma lamentase su despedida, como si todo el bosque compartiera su dolor.

Ceón se abalanzó sobre Édimo, abrazándolo con fuerza, sintiendo su calor. Édimo le devolvió el abrazo. Se encontraron allí, inertes, tratando de sostenerse mutuamente frente al abismo que se abría entre ellos. “Nunca te olvidaré, Ce”. Los brazos de Ceón le apretaron con más fuerza. “Siempre llevaré tu recuerdo conmigo, Édimo”. Se separaron, uniéndolo sus miradas, y repitiendo al unísono: “En cada susurro del viento, en cada rayo de sol, en cada luz de estrella... Y en cada luna llena”. Ceón volvió a abrazarle, esta vez, con suavidad, como si tuviese miedo a romperle o, tal vez, a romperse: “Te lo prometo”.

Édimo asintió, incapaz de articular palabra ante la intensidad del momento y así, acompañados de un silencio únicamente roto por el latido de sus corazones, y el leve susurro del viento que soplaba en su contra, como si tratase de evitar su avance...

Continuaron su marcha.

Ceón y Édimo emergieron en un claro del bosque, bañado por la luz de la luna llena, un pequeño oasis en el que no se encontraban árboles. El lugar transmitía paz, como si el universo les estuviese permitiendo detener el tiempo para darles ese momento, para ofrecerles la oportunidad de despedirse en intimidad.

“Es aquí”.

Ceón asintió, incapaz de asimilar que estuviese a punto de perderle, a punto de perder a aquella persona que por fin le había hecho sentir completo, a punto de perder a su mitad.

Édimo miró su rostro, iluminado por la luz que llenaba el claro. Una necesidad imperiosa de expresar algo que guardaba en lo más profundo de su ser se apoderó de él, aquello que siempre había guardado, cauto, como su pequeño tesoro oculto:

“¿Sabes por qué siempre me he sentido atraído hacia la luna?”. Se sentó en el suelo, en el centro del claro, y su compañero le siguió, mirándole con duda. Por lo menos sería capaz de hacerle pensar en otra cosa, aunque fuese un minuto: “De alguna manera, me siento identificado con ella”. Ceón mantuvo silencio, dedicándole una mirada atenta. “Todas las noches sale, y es recibida por el calor del sol, que la hace visible para nosotros y la envuelve con su luz”.

Ceón le observaba, atento, absorbiendo cada palabra proveniente de la boca de su compañero como si cada frase pudiese ser la última.

“Aún siendo envuelta por el calor del sol, cada mañana está destinada a dejar que la oscuridad la consuma”. Brillos plateados comenzaron a reflejarse en sus ojos. “Nunca será capaz de experimentar un amanecer” Una lágrima cruzó su rostro, y después, otra, y otra...

“Como yo”.

Recuperó el aliento, y continuó su discurso: “Esta será mi última noche, Ce, mi última luna” Hizo una pausa para tomar aliento, su voz apenas un susurro entrecortado, quebrado por el dolor: “Mi último momento a tu lado”. Su voz, entrecortada, cesó.

Édimo rompió en llanto, desplomándose en el suelo, incapaz de moverse. Las lágrimas brotaron de sus ojos sin control, como si todo su ser tratase de arrastrar su dolor fuera de su cuerpo.

Ceón se arrodilló junto a él, sintiendo su dolor e incapaz de imaginar la dura carga que debía estar soportando. El peso de una despedida cortaba más profundo que cualquiera de las heridas físicas. Daría lo que fuese por volver a la plaza de la ciudad y dejarse latigar para evitar este momento. Él saldría de allí, como una carcasa vacía y sumido en dolor y pena, pero saldría. Pero Édimo... Édimo no, y el miedo que lo consumía era algo que ningún ser humano debería experimentar jamás.

Lo envolvió en sus brazos y apretó con fuerza, tratando de ofrecerle consuelo en un mundo que sabía que no les pertenecía, un mundo que se había vuelto demasiado cruel y despiadado para ellos, dándoles la espalda. Ambos sabían que debían enfrentarse a la

cruda realidad que les aguardaba. No podían esperar al día siguiente pero, tal vez, si que pudiesen esperar unos minutos. Al fin y al cabo, la luna todavía iluminaba el claro desde lo más alto del cielo, y todavía quedarían algunas horas hasta que el sol reclamase su lugar. Aprovecharían esos preciados minutos para sumergirse en el calor de sus cuerpos, buscando refugio el uno en el otro por última vez.

Reprimió una lágrima, pues el pensamiento del amanecer le atormentaba. Sería su primer amanecer sin Édimo, su primer amanecer sólo, después de tantos años. Se volvería a quedar solo en este universo implacable del que ya no podía esperar clemencia ni compasión.

Tras unos minutos, Édimo contuvo las lágrimas, se secó los párpados y se incorporó, mirando a Ceón con la mejor de sus sonrisas fingidas: “Gracias, Ce”, sus palabras fueron acompañadas por un leve temblor. “Gracias por nunca tratarme como si fuera diferente”. Su mirada se apoyó en el lugar en el que su ciudad le exigía tener un brazo para ser tratado sin distinciones. La ausencia del mismo le había impedido muchas cosas, pero Ceón se había encargado de hacerle sentir completo. Se había asegurado de ello.

Su compañero le devolvió la sonrisa, conteniendo las lágrimas ante sus palabras:

“Para mi nunca fuiste menos que perfecto, Édimo”.

Édimo asintió, dejando resbalar una lágrima por su rostro. Acercó el brazo a su cuello y, con una mano temblorosa, se quitó el colgante que llevaba puesto: Un delicado colgante en forma de media luna, algo desgastado por el paso incesante del tiempo, pero que todavía conservaba su brillo. Con un sencillo gesto, se lo colocó a su compañero, que lo observaba sin entender lo que estaba haciendo: “Para recordarte que, aunque no volvamos a ver amanecer juntos. Mi corazón siempre estará contigo, Ce”.

Sus miradas reflejaron un brillo especial. Una pequeña chispa de esperanza pareció encenderse entre ellos, dándoles a entender que, aunque Édimo marchase para no volver, ellos nunca estarían separados. Bajo la atenta mirada de la luna llena, repitieron:

“En cada susurro del viento,” entrelazaron sus manos.

“en cada rayo de sol,” lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

“en cada luz de estrella...” acercaron sus miradas, sonriendo.

“Y en cada luna llena”. se convirtieron en uno.

“Estoy listo”. Sus palabras sonaron firmes, cortando como cuchillos el alma de Ceón.

“Te quiero, Édimo”. No sabía qué más decir. Su compañero asintió.

“Yo también te quiero, Ce”. Se incorporó, caminando hasta la zona más iluminada del claro. Alzó la vista, quería contemplar la luna una última vez. Su eterna confidente. Era como si entendiera su dolor, su sacrificio. Como si le tendiese la mano para guiarle allí a donde se dirigiese. Volvió a mirar a su compañero, que trataba de mantener la compostura. Sus manos temblaban, presas del miedo.

“Aprende a volar sin alas, Ce, aprende a volar... sin mí”.